

# El nuevo paradigma de la catequesis

*Manuel del Campo Guilarte\**

## INTRODUCCIÓN

1. Se me pide una reflexión sobre el nuevo paradigma de la catequesis. Mi propuesta es ésta: el modelo de catequesis que, atendiendo las actuales situaciones y las exigencias propias de la evangelización, necesitamos hoy, a mi juicio, es una catequesis al servicio de la iniciación cristiana. La reflexión que ofrezco a continuación tratará de definir la naturaleza e identidad de la misma. Y lo haré presentando los distintos componentes y elementos esenciales que, a mi entender, constituyen y configuran la catequesis de iniciación cristiana.

Como procedimiento utilizaré el siguiente: iré exponiendo el sentido y alcance de cada uno de estos elementos, hasta completar el conjunto de ellos. Será una exposición de carácter fundamental, es decir, manteniéndome en el nivel de los principios y criterios generales. A la vez, y en virtud del principio de articulación y de unidad, este tratamiento pormenorizado de cada uno de los rasgos nos conducirá a constatar la configuración del conjunto, la estructura y organicidad interior del cuerpo de la catequesis de iniciación cristiana.

2. Permitidme una segunda reflexión introductoria. La Iglesia, sabemos, ha sido convocada y constituida para la misión que Cristo la ha

---

\* Profesor de Catequética. Facultad de Teología «San Dámaso», Madrid.

encomendado. Está ordenada y organizada para comunicar a los hombres los frutos de la salvación.<sup>1</sup>

Por eso, su misión será: *anunciar* la salvación de Dios, *incorporar* a los hombres a la participación en la vida divina y *enseñarles* a vivir según el Evangelio (cf. Mt 28, 18-20).

Pues bien, si ésta es la misión de la Iglesia (anunciar, santificar, enseñar a vivir según el Evangelio), «la iniciación cristiana, como dicen los obispos españoles, es la expresión más significativa de la misión de la Iglesia (pues coincide plenamente el objeto de la iniciación cristiana: la inserción en Cristo por la fe y los sacramentos, con el de la misión de la Iglesia) y constituye la realización de su función maternal al engendrar a la vida a los hijos de Dios».<sup>2</sup>

Pudiera decirse, en este sentido, que la iniciación cristiana representa el modo primario y básico como la Iglesia cumple y realiza su misión. Por todo esto la Iglesia deberá otorgar una prioridad efectiva y real a la iniciación cristiana, así como a los procesos catequéticos y pastorales que la impulsan y desarrollan.

3. Pasamos, sin más, a analizar los **elementos y componentes esenciales** de la catequesis de iniciación cristiana, los elementos y componentes esenciales que la definen.

## **LA CATEQUESIS DE INICIACIÓN CRISTIANA, ITINERARIO DE FE**

Sabemos que la iniciación cristiana, que es acontecimiento constitutivo de la identidad propia del cristiano, ha de ser entendida como un proceso a través del cual se llega a ser cristiano. Se trata de un camino, extendido en el tiempo, centrado en la escucha y acogida de la Palabra, la recepción de

---

<sup>1</sup> Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, 8: «Así como Cristo realizó la obra de la Redención en la persecución, también la Iglesia está llamada a seguir el mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación».

<sup>2</sup> Conferencia Episcopal Española, *Iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones*, 13.

los sacramentos de iniciación y el testimonio de los discípulos de Jesús, de la comunidad de los convocados; también implica la decisión firme del iniciando de seguir a Jesucristo, aprendiendo a vivir como hijo de Dios.

Es, pues, un proceso y, en cuanto tal, supone un avanzar progresivo en la fe, un despertar y crecer en la fe, con la ayuda de Dios, por parte del iniciando. Así fue entendido por la Iglesia desde sus orígenes: «Desde los tiempos apostólicos, para ser cristianos, se sigue un camino y una iniciación que consta de varias etapas. Este camino puede ser recorrido rápida o lentamente».<sup>3</sup>

1. En este marco, la catequesis al servicio de la iniciación cristiana deberá configurarse, en primer lugar, como un itinerario de fe y el modelo de referencia del mismo será la Historia de la Salvación, que es la historia del amor de Dios al hombre y de la respuesta del hombre a Dios, tal como lo muestra la Sagrada Escritura. En efecto, la Historia de la Salvación se presenta como un gran itinerario, como un recorrido espiritual de un Pueblo que culmina en los acontecimientos de la Pascua de Cristo, en la nueva Alianza de Dios con su Pueblo.

La Sagrada Escritura tendrá gran cuidado en mostrar cómo Dios ha querido llevar a cabo la salvación del género humano en el marco de la historia de los hombres, a través de acontecimientos e intervenciones en el tiempo, hasta el último y definitivo acontecimiento: la Pascua de Cristo.<sup>4</sup> Esta historia del amor de Dios prosigue viva. Dios continúa actuando hoy, por su Espíritu, en favor de cada iniciando, mediante acontecimientos e intervenciones de gracia, en la trama de su historia personal, hasta llevar a esa persona a participar del misterio pascual de Cristo e incorporarla a su Pueblo: la Iglesia.

---

<sup>3</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1229.

<sup>4</sup> Constitución dogmática sobre la divina Revelación *Dei Verbum*, 4: «Jesucristo, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu Santo de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino; a saber, que Dios está con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y la muerte, y hacemos resucitar a una vida eterna». Cf. *Ibidem*, n.º 2 y 3.

Esto es, en esencia, la iniciación cristiana: un progresivo avanzar del hombre, por la acción del Espíritu Santo, hacia el encuentro con Cristo y la transformación en Él. Por eso la catequesis de iniciación cristiana habrá de entenderse como un proceso de acercamiento a Dios, de encuentro con Él; como un ir descubriendo y aprendiendo progresivamente los acontecimientos de la salvación, conociendo y amando al Señor, al hilo de la historia y de los días; como un itinerario de salvación, siguiendo los pasos de nuestros padres en la Historia del Pueblo de Dios, y los de tantos en la historia del Nuevo Pueblo de los redimidos por Cristo.

2. Ahora bien, se trata de un itinerario de fe y de salvación, el de la catequesis de iniciación cristiana, no genérico y en abstracto, sino personal y concreto, que ha de ser recorrido por cada iniciando en particular; no simbólico sino real y verdadero, como real y verdadero fue el proceso de liberación del pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto, de las servidumbres de la idolatría y de las pasiones, del dominio de los enemigos, del hambre y de la sed de justicia y de solidaridad, hasta alcanzar la tierra prometida. Un itinerario personal y concreto, como fue el vivido por Nicodemo bajo la guía de Jesús (Jn 3); el de Zaqueo, «hoy ha llegado la salvación a esta casa (Lc 19, 1-9); el de la Samaritana, donde Jesús va al encuentro de quien tiene sed de agua viva (Jn 4); el de Andrés y Juan, que vieron dónde vivía y se quedaron con Él (Jn 1, 35-40); el de Pedro de Betsaida (Jn 1,42) y el de Saulo de Tarso (Hch 9, 1-18). En todos los casos hay un proceso de diálogo en el corazón mismo de la historia personal, un proceso de descubrimiento del Señor y de acercamiento a Él, y una respuesta adecuada que es entrega y «obediencia de la fe». Pero sobre todo está la acción del amor de Dios que ilumina, da plenitud y cambia el corazón del hombre. Es realmente un itinerario de fe.
3. En esta misma perspectiva ha de realizarse la catequesis de iniciación cristiana: como un camino espiritual, donde la persona concreta del iniciando es llamada por Dios que «habla a los hombres como amigos,

trata con ellos para invitarlos y admitirlos a la comunión con Él». <sup>5</sup> Se abre a la realidad y verdad profunda de esta llamada, pone en juego su libertad y su vida, y apuesta por una novedad que ha encontrado y percibe como absolutamente buena; o mejor, por una Realidad absolutamente nueva y buena para él, Cristo, que es quien realmente lo ha encontrado a él.

Estamos en presencia de un proceso espiritual, de un giro antropológico fundamental y de un itinerario de fe constituyente, ya que se trata de avanzar hacia el nuevo existir al que el iniciando está llamado: la comunión de vida con Dios por la participación en su naturaleza divina. <sup>6</sup> Una vida que va a nacer, desarrollarse y conformarse de modo nuevo por la inserción en el misterio de Cristo.

Proceso, pues, de fe y de progreso efectivo en ella, no sólo recorrido formal, cual instancia resuelta en la mera programación. Un tiempo y un avanzar real hacia el encuentro con el Señor. Un tiempo del Espíritu Santo que introduce al iniciando en la Historia de la Salvación, le capacita para tomar parte activa en ella, le habilita para recibir, al interior de su propia historia, el don de la salvación, y le impulsa e incorpora a la Pascua de Cristo.

#### 4. *La primacía de la fe*

Y puesto que es un itinerario de fe, la catequesis de iniciación cristiana debe poner en primer término la fe, aprender a vivir de la fe, otorgar la primacía a la fe por encima de otras instancias y realidades.

a) La Iglesia apostólica muestra nítidamente esta preferencia de la fe: a Jesucristo, nos viene a decir en los libros neotestamentarios, sólo se llega por la fe. Para descubrirle, conocerle y amarle es necesario emprender el camino propio de la fe. Éste es el mensaje de los primeros testigos.

---

<sup>5</sup> Constitución dogmática sobre la divina Revelación *Dei Verbum*, 2.

<sup>6</sup> Cf. San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, IV, 13, 1; Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes*, 22.

- Así, los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 13-35). Creían conocer a Jesús. Conocían su doctrina, sus obras y palabras. Pero aún se encontraban en una etapa inicial. Necesitaron participar de la «fracción del Pan», del signo de la fe, para reconocer en Jesús al Señor. «¡Hemos visto al Señor!» dijeron a sus compañeros. Su capacidad humana fue «elevada» por el Espíritu a una nueva posibilidad de conocer. Su corazón fue «movido» hacia la entrega y la confianza en su Señor. Reconocieron la presencia de Dios en medio de ellos y se rindieron a su «evidencia». Es la realidad de la fe.
- El apóstol Tomás (cf. Jn 20, 24-30), aunque pudiera palpar las llagas del Señor, para conocerle y reconocer su «rostro» como el del Hijo de Dios, necesitó la fe: «Señor mío y Dios mío». Es un sí pronunciado, desde lo hondo de su corazón, movido por el Espíritu de Dios.
- El apóstol Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios... Esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre». Es decir, no es tuyo, fruto de tus capacidades de conocer, sino de mi Padre (cf. Mt 16, 16-20).  
De nuevo la fe, es decir, la gracia, el amor de Dios que se hace presente y la respuesta del hombre. De nuevo la capacidad y decisión humana «elevada» por el Espíritu a una nueva posibilidad de conocimiento y encuentro.
- De igual modo en tantos personajes del Evangelio. Llegan a Jesús, a conocerle y confesarle como el Señor, por el movimiento propio de la fe. Llegan a reconocer al Señor cuando abren su corazón y acogen la fuerza del Espíritu Santo. Así fue de modo paradigmático en el acontecimiento de gracia de Pentecostés (cf. Hch 2, 1-41).

Luego, lejos de creer que en la iniciación cristiana el progreso y maduración de los iniciandos vendrá sobre todo gracias a sus capacidades o a nuestro esfuerzo (nuestra competencia y pericia como educadores, nuestra brillantez y dotes de convicción); o vendrá en virtud, sobre todo, del poder de la razón y de la decisión autónoma de la libertad, cuando son puestas en juego por los iniciandos. Es necesario otorgar el

lugar que le corresponde a la acción del Espíritu que prende en el hombre, y a la seducción de la presencia amorosa de Jesucristo. Es indudable que debemos poner en la tarea de la iniciación cristiana toda nuestra inteligencia, creatividad y entusiasmo; y los catequizandos, toda su disponibilidad, generosidad y esfuerzo. Pero los apóstoles nos recuerdan que la primacía es para la fe.

b) El papa Juan Pablo II, en su carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, presenta el relato de la pesca milagrosa (cf. Lc 5, 4-11) como paradigma del camino de la fe, del camino que la Iglesia tiene que reemprender al inicio del nuevo milenio.<sup>7</sup>

«Hemos bregado toda la noche, dice Pedro a Jesús, y no hemos pescado nada. Pero sobre tu palabra echaré las redes» (Lc 5,5). Es decir, volveremos a emprender el camino, pero ahora desde otra actitud, poniendo la confianza en Él, caminando en la fe. Un avanzar que ahora se hace en la apertura y la escucha del Señor, poniendo la confianza en su Palabra, dispuestos a secundar su deseo y a la espera, mientras se mantiene la brega, del don del amor de Dios. «Y hubo una gran pesca» (Lc 5,6), concluye el evangelista san Lucas.<sup>8</sup>

El camino de la fe expresa, pues:

- Un aprender a ir más allá de lo únicamente nuestro, de nuestras fuerzas y seguridades, de nuestras capacidades y proyectos; y emprender un proceso nuevo de búsqueda, de aproximación al encuentro del misterio de Dios y del hombre.

<sup>7</sup> Cf. Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, 1.

<sup>8</sup> Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, 38: «Ciertamente Dios nos pide una colaboración real a la gracia y, por tanto, nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y de la capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del reino. Pero no se ha de olvidar que sin Cristo “no podemos hacer nada” (cf. Jn 15,5). Nos recuerda constantemente la primacía de Cristo, y en relación con Él, la primacía de la vida interior y de la santidad... Éste es el momento de la fe, de la oración, del diálogo con Dios para abrir el corazón a la acción de la gracia y permitir a la Palabra de Cristo que pase por nosotros con toda su fuerza».

- Se trata de aprender, como la Samaritana, a entrar en contacto con el «manantial de agua viva»; de contemplar de cerca, como Andrés y Juan, el «rostro» del Señor (cf. Jn 1, 35-40), el «rostro» de Dios, manifestado en Jesucristo, que ha puesto hoy en nosotros su mirada y nos ha dado su amor.
- Se trata «de descubrir en la persona de Cristo el designio eterno de Dios»,<sup>9</sup> de aprender a reconocer en Cristo la presencia cercana de Dios, dejándose alcanzar por el misterio de su amor; de acoger aquello que nos viene dado gratuitamente y que abre un horizonte nuevo de vida.
- Se trata de aprender a vivir en la búsqueda y escucha de Dios, y a responder con decisión y con entera verdad a su llamada.
- Aprender a vivir en la confianza puesta en Dios, que hace con nosotros, como en Emaús, el camino de la vida y nunca ya nos dejará solos en medio de las situaciones y contingencias de la existencia.

En resumen, se trata de otorgar, a lo largo del proceso iniciático que estamos desarrollando, la primacía efectiva a la fe, en todas sus implicaciones y exigencias.

## **EL PRIMER ANUNCIO Y EL DESPERTAR DE LA FE**

La situación de nuestras comunidades, y en el interior de ellas, de un buen número de nuestros bautizados, está poniendo de relieve la necesidad apremiante de vincular el «primer anuncio» al proceso catequético de la iniciación cristiana. No pocos de nuestros bautizados dicen conocer a Cristo, pero no creen en Él o dudan de Él. No ha habido en ellos adhesión explícita y personal a Cristo. Pudiera decirse que la puerta de entrada a la fe no ha sido aún franqueada por ellos.

---

<sup>9</sup> Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Catechesi Tradendae*, 5.

Si el fundamento de la fe y de la vida cristiana es Cristo, el primer anuncio de Jesucristo habrá de estar ya en el origen del camino de la fe.

Así lo expresaba con gran claridad el papa Juan Pablo II en *Catechesi Tradendae*: «La práctica catequética debe tener en cuenta el hecho de que, a veces, la primera evangelización no ha tenido lugar. Cierta número de niños bautizados en su infancia llegan a la catequesis parroquial sin haber recibido iniciación alguna en la fe, y sin tener todavía adhesión alguna explícita y personal a Jesucristo... La catequesis debe a menudo preocuparse no sólo de alimentar y enseñar la fe, sino de suscitarla continuamente con la ayuda de la gracia, de abrir el corazón, de convertir, de preparar una adhesión global a Jesucristo, en aquellos que están aún en el umbral de la fe».<sup>10</sup>

Suscitar la fe, abrir el corazón tan hermético del hombre actual y preparar su adhesión a Jesucristo... He aquí uno de los desafíos más difíciles para la catequesis actual.

Nuestras comunidades cristianas suelen estar capacitadas para educar la fe de aquellos que la tienen, para ayudar a avanzar y vivir la fe en el mundo actual a quienes ya la poseen. Pero suelen tener gran dificultad para proponer la fe a aquellos que no la tienen o dudan de ella, para impulsar en el hombre actual el dinamismo de la búsqueda, abriendo el camino hacia la fe.

Diríamos que se impone una toma de conciencia, en primer lugar, de este hecho, y un trabajo de renovación pastoral a fondo en relación con los denominados «preámbulos de la fe». Hoy la catequesis de iniciación cristiana debe asumir este primer y necesario tramo del itinerario de la fe: el «primer anuncio» y, antes que él cronológicamente, el llamado «despertar religioso» y «despertar de la fe».

---

<sup>10</sup> Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Catechesi Tradendae*, 19.

## **El despertar religioso - el despertar de la fe**

En general, por despertar religioso suele entenderse la apertura del ser humano a la trascendencia, es decir, el proceso vital de apertura y búsqueda religiosa que acontece dentro del hombre y el descubrimiento inicial de la realidad de Dios.

Este proceso comprende varias etapas y dimensiones, que van desde el primer impulso por superar el círculo de inmanencia que encierra al hombre y delimita su ser y existir, a la apertura a la trascendencia, al reencontro, pudiéramos decir, con la dimensión originaria de lo religioso que es propia del hombre,<sup>11</sup> hasta llegar a la apertura a la realidad de Dios y la afirmación de su existencia; finalmente, y ya en un plano superior, hasta llegar a la apertura y reconocimiento del Dios de Jesucristo.

Se trata, pues, de un proceso interior complejo y de gran densidad antropológica, que debe ser asumido y atendido convenientemente en la catequesis, y que requiere el acompañamiento pedagógico de cuantos toman parte, como responsables, en el proceso de la iniciación cristiana.

- En efecto, el despertar de la fe viene vinculado a un desarrollo y maduración de la persona. En cierto modo es como una expansión de ella, en la perspectiva de una humanización verdadera y del desarrollo de la dignidad que le es propia.<sup>12</sup>

Es decir, acontece el despertar religioso, cuando en la persona se abre un proceso de desarrollo antropológico, un impulso y expansión de su existencia; el avance de la conciencia de sí mismo y la adquisición de un mayor desarrollo humano, siguiendo la recta conciencia. Todo porque se pone en movimiento el dinamismo originario y central del ser humano, como es la búsqueda (de orientación y de sentido; de felicidad, verdad y libertad; de respuesta a las cuestiones vitales básicas...).

---

<sup>11</sup> Cf. Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes*, 19.

<sup>12</sup> La dignidad del ser humano que radica en haber sido creado a imagen y semejanza de Dios. Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 558 y 559.

Dicho dinamismo de búsqueda actúa, cuando se hace con honestidad y respetando el orden esencial de la naturaleza humana, como eje dinamizador de la estructura del ser humano.

Entonces, todo el ser entra en juego: la mente y el corazón, los sentimientos, los afectos, las actitudes, el mundo de las decisiones y comportamientos. Toda la persona queda implicada.

- Y además de un proceso antropológico de primer orden, que es necesario impulsar, es también un proceso de gran interés y valor pedagógico, porque podrán ser dinamizadas la formación de la inteligencia, la educación de la voluntad, la promoción de la búsqueda verdadera, el impulso de la libertad, la adquisición de actitudes y experiencias básicas (como la confianza plena, el amor, la búsqueda de la verdad, el bien, la belleza, la libertad...).

Es indudable que, en este proceso de desarrollo de las bases mismas de la persona, cobra especial valor el acompañamiento del catequista y su testimonio personal. Impulsar y sostener la búsqueda humana es hoy, para la Iglesia, una exigencia neta de su misión y un servicio inaplazable de ayuda al hombre actual.

## **El «primer anuncio» en la catequesis de iniciación cristiana**

Y después del despertar religioso, el primer anuncio de Jesucristo.

Anunciar a Jesucristo como el Señor y el Salvador es, en el proceso catequético de iniciación cristiana, un punto crucial y prioritario.

Es prioritario porque todo lo que integra la iniciación cristiana debe ser referido, finalmente, a lo que es el centro y eje de todo: Cristo. Ésta es la prioridad genética y fundativa, aunque puede no ser la cronológica.

Y es crucial pues en la base de todo el edificio de la fe está el fundamento que es Cristo (Cf 1 Co 3,11). Sin Él (sin el conocimiento y encuentro con Cristo), todo lo demás queda como sin base, sin orientación ni sentido.

En Jesucristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de la Revelación, «se da la plena y completa Revelación del misterio salvífico de Dios». <sup>13</sup> Él es la Palabra definitiva de Dios a la humanidad. De modo que conocer a Cristo es conocer a Dios, pues «el que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14,9); y entrar en comunión con Cristo es tomar parte en la vida divina. <sup>14</sup>

- En el itinerario de iniciación cristiana, el primer anuncio tiene por objeto llevar al catequizando a abrirse a una relación personal de fe y de confianza con Cristo; y a invitarle a tomar la decisión firme de adherirse a Él y a la Iglesia.
- El primer anuncio apela al núcleo esencial y germinal de todo el proceso de la transmisión del Evangelio: *Jesucristo, muerto y resucitado, es el Señor, el único salvador del mundo*. No es una palabra ni un ideal, es el anuncio de un acontecimiento histórico y de una Persona, Jesucristo: «El Dios de nuestros padres ha resucitado a Jesús, al que vosotros matasteis colgándolo de un madero. A éste lo exaltó Dios a su derecha, como Príncipe y Salvador» (Hch 5,30).
- El primer anuncio contiene y comprende varias realidades: el anuncio de la persona y del acontecimiento salvador de Jesucristo; la acción de proclamarlo con el testimonio de la comunidad y del catequista; la presencia del don del Espíritu Santo que hace eficaz dicho anuncio; y la llamada explícita e invitación a acogerlo.
- Luego debe ser propuesto por parte del catequista y de la comunidad mediante el testimonio y la palabra, conjuntamente. Y, a la vez, ser

---

<sup>13</sup> Congregación para la Doctrina de la Fe, declaración *Dominus Jesus*, 6.

<sup>14</sup> Cf. Constitución dogmática sobre la divina Revelación *Dei Verbum*, 2.

reconocido por el iniciando como la buena noticia que es Cristo, que abre para él un horizonte nuevo de vida, de verdad y de felicidad.

- El catequista, que por gracia de Dios se ha encontrado con Cristo, y puede narrar la historia de su experiencia, sabe que en el primer anuncio es necesario disponer al iniciando a la apertura y a la escucha atenta de Dios; favorecer la disponibilidad y la acogida del Señor que se hace hoy presente y cercano a nosotros; afirmar y transparentar en las distintas actividades la primacía de la gracia; exhortar a la oración y a la conversión; y ayudar a descubrir el valor y la belleza de la nueva y decisiva orientación de la existencia que ofrece el Señor. En este marco de referencias, atendiendo a todas estas exigencias en tiempo y forma, habrá de desenvolverse la tarea de acompañamiento del testigo de la fe, «quien sabe, como dice el papa Benedicto XVI cuándo es tiempo de hablar de Dios, y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor».<sup>15</sup>

## LA CONVERSIÓN

La conversión es otro de los componentes fundamentales del itinerario catequético de la iniciación cristiana. La conversión forma parte de la respuesta que el hombre, de modo responsable y libre, da a Dios, al kerigma de la salvación. Y representa el primer movimiento de adhesión y entrega a Dios.

1. Desde el punto de vista del proceso de avance del iniciando, la conversión es la puerta de entrada a la fe o el umbral necesario que atravesar para poder acceder a la comunión con Cristo. «Convertíos, porque está cerca el Reino de Dios», clamaba Juan el Bautista (Mt 3, 1-3). Se trata, pues, de aquel paso necesario para poder acceder al Reino de Dios; es como la «condición» previa, si se quiere tomar parte en el Reino.

---

<sup>15</sup> Benedicto XVI, Carta encíclica *Deus Caritas est*, 31.

2. La conversión aparece en los libros neotestamentarios unida al kerigma, formando parte de él. Es decir, el anuncio del kerigma lleva implícita la respuesta del hombre, la decisión moral por parte del hombre. Una decisión personal de cambiar aquellas actitudes, palabras y acciones que están en contra del Evangelio anunciado.

La secuencia lógica sería, pues, la siguiente: anuncio - audición de la Palabra - conversión. Tal vez hemos llegado hoy a acostumbrarnos en la Iglesia a quebrar esta secuencia, desvinculando la respuesta del hombre de la intervención de Dios, el anuncio del kerigma de la respuesta del oyente de la Palabra. No fue así en Pentecostés: «Al oír esto dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: “¿Qué tenemos que hacer?”». La respuesta de Pedro es rotunda: «Convertíos». (cf. Hch 2, 37-39). Que la conversión del hombre esté en la Escritura vinculada al Reino de Dios es la prueba evidente de que pertenece a la enseñanza misma de Jesús (cf. Mc 1, 14-20).

3. En la catequesis de iniciación cristiana la conversión debe ser considerada como la decisión por la que la persona del iniciando se pone progresivamente en camino hacia Dios, en dirección hacia Él; lo cual implica un cambio de orientación de la existencia, un cambio profundo del corazón, de la mente y de la conducta; y manifiesta la voluntad firme de superar todas las formas de idolatría que puedan encadenarle.

La catequesis de iniciación cristiana deberá impulsar y desarrollar esta decisión de la conversión que conlleva la opción fundamental de considerar a Dios el centro absoluto de la existencia humana. Eso sí, en el camino de la fe, es decir, en la realidad concreta del avanzar personal del iniciando hacia Dios, la conversión contiene dos momentos a diferenciar:

- El primer paso, caracterizado por la **conversión inicial**, que es un principio de cambio, un punto nuevo de partida para la vida.
- Y un segundo movimiento de **carácter permanente y progresivo**, que se irá desarrollando a lo largo de todas las etapas del itinerario catequético.

4. Ahora bien, todo esto no será posible con sólo nuestras fuerzas. El proceso de regeneración de uno mismo, proceso del «nacer de nuevo», como le dijo Jesús a Nicodemo; el proceso de reconstrucción del cristiano es ante todo un don de Dios.

De nuevo la necesidad de que el iniciando descubra la verdad de la conversión como fruto de una firme resolución personal, pero sobre todo, y conjuntamente, como resultado de la acción de Dios. De aquí la necesidad, una vez más, de educar en él la actitud de apertura y acogida del don de Dios, y de los signos diarios de su presencia en la Iglesia (la Palabra, los sacramentos, el testimonio). Y de educarle en la actitud de confianza en Dios, que es quien cambiará y regenerará nuestra vida (cf. Sal 24, 4-9).

El catequista sabe, como se afirma *Catechesi Tradendae*, que en el camino de la fe el ser humano es modelado por Dios, trabajado por una fuerza interior que se hace presente en Él: el Espíritu Santo, el «maestro interior» que lo habita.<sup>16</sup>

## EL ENCUENTRO INICIAL CON CRISTO Y LA DECISIÓN FIRME DE SEGUIRLE

1. Todo lo anterior tiene una meta: que el iniciando alcance a vivir la experiencia del **encuentro con Cristo**. Como acaba de decir el papa Benedicto XVI en su primera encíclica: «Se comienza a ser cristiano por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona: Jesucristo».<sup>17</sup> Un encuentro inicial, ciertamente, pero vivo, personal y verdadero. Todo en la catequesis de iniciación cristiana conduce y tiene por objeto la *comunión con Cristo*, de la cual el encuentro con Él y la decisión firme de seguirle forman parte como pieza integrante de dicha finalidad.<sup>18</sup>

---

<sup>16</sup> Cf. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Catechesi Tradendae*, 72.

<sup>17</sup> Benedicto XVI, Carta encíclica *Deus Caritas est*, 1.

<sup>18</sup> Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Catechesi Tradendae*, 5: «El fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo:

A lo largo del itinerario de la iniciación cristiana hay intervenciones y elementos de gran valor. Éste tiene un carácter esencial: está en el centro mismo, pues el proceso de la iniciación cristiana no es otra cosa que un itinerario de fe hacia el encuentro con el Señor, hacia la comunión con Cristo.

2. La realidad del encuentro con Cristo tiene su fundamento y expresión propia en el acto de fe. Se origina en el amor de Dios y se manifiesta, por parte del hombre, en la respuesta entera y libre a Dios por la fe; es decir, en la escucha, entrega y obediencia del hombre a Dios, que se revela y comunica al hombre; en el «fiarse plenamente de Dios y acoger su Verdad, en cuanto garantizada por Él, que es la Verdad misma».<sup>19</sup> Esta entrega libre de toda la persona a Dios, que se revela, permite acoger el testimonio divino, su Palabra.

Todo el ser humano, como hemos visto, es puesto en acción por la llamada de Cristo; es invitado a un diálogo de salvación al interior de su historia personal; es convocado a tomar parte en la comunión de la Alianza, a confiar en la fidelidad de Dios que le habla, le visita y vive en medio de nosotros (cf. Jn 1, 1-14.); es invitado a vincularse a Él como a su único Señor y Salvador. La acción propia del hombre, en ese diálogo, es la respuesta libre y personal de la fe que representa, por la gracia de Dios y el auxilio interior del Espíritu Santo,<sup>20</sup> el comienzo de una nueva relación de encuentro y de comunión con Cristo.

Y esta respuesta, que se forma en el interior del hombre, es el sí a Dios que contiene la semilla recibida de la fe, que está llamada a germinar. A partir de aquí el iniciando se irá impregnando de esa nueva realidad sobrevenida: el don de la fe; que irá interiorizando y, gracias a la cual, podrá progresar en el conocimiento del misterio de Dios.

---

sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu, y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad». Véase también: *Catecismo de la Iglesia Católica*, 426.

<sup>19</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica. Compendio*, 25.

<sup>20</sup> Cf. Constitución dogmática sobre la divina Revelación *Dei Verbum*, 5.

3. Pues bien, esta germinación de la semilla de la fe, este abrirse y acrecentarse del germen plantado por Dios en el hombre, se realiza y tiene lugar en la experiencia humana, como gozo del corazón por vivir y saborear la apertura a la verdad, al verdadero bien, a la suma belleza que se contienen en Jesucristo.

Es en definitiva la experiencia del encuentro con Cristo, con la Persona de Cristo a quien se advierte vivo y cercano, como presencia interior que da plenitud, como manifestación de su amor y de su «potencia» salvadora que invade el ser entero. Es la experiencia de estar recibiendo una nueva existencia, un nuevo ser, que es el de Cristo en nosotros, en expresión de san Pablo (cf. Gal 4, 19-20).

4. Finalmente, esta experiencia de encuentro, que abre un horizonte nuevo de vida e inaugura una relación nueva y personal con el Señor, llevará al iniciando a adentrarse más y más «en la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana»,<sup>21</sup> a adentrarse en la nueva vida sobrevenida por la fe. El Espíritu Santo, que mueve el corazón del hombre, abrirá los ojos de su mente y le concederá «dulzura en el asentir y creer la verdad».<sup>22</sup> Asimismo, le conducirá a desear vivir junto al Señor, de la Palabra del Señor, siendo discípulo de Él, en seguimiento de Él. Y aún más, precisamente por el encuentro y la comunión con Cristo, el ser humano alcanzará a reconocerse a sí mismo, en su realidad verdadera.<sup>23</sup>

En todo este proceso de germinación de la fe, de experiencia de encuentro con Cristo, de aprender a vivir en Él, el testimonio del catequista y de la comunidad resultarán de gran valor para los que están dando los primeros pasos en el aprendizaje de la fe y de la vida cristiana. Puede ser aleccionador traer hoy a la memoria las palabras de un obispo hispano-romano del siglo IV, san Paciano de Barcelona, que predicando sobre el Bautismo afirmaba: «Es propio y exclusivo del hombre

---

<sup>21</sup> Constitución dogmática sobre la divina Revelación *Dei Verbum*, 2.

<sup>22</sup> *Ibidem*, 5.

<sup>23</sup> Cf. Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes*, 22.

lo que Cristo le ha dado por medio del Espíritu: la vida perpetua. Para llegar a nacer a la vida eterna se requiere, ante todo, la fe: no se inserta en la Iglesia el que no cree, no lo engendra Cristo si no recibe su Espíritu». <sup>24</sup>

## **LA PROPUESTA INTEGRAL DE LA FE PARA UNA INICIACIÓN CRISTIANA INTEGRAL**

Si la iniciación cristiana representa para el iniciando, como habitualmente solemos afirmar, un aprendizaje básico e integral de la fe y de la vida cristiana, se hace preciso contar con una exposición completa e íntegra del mensaje cristiano. Propio, pues, de la catequesis de iniciación cristiana será ofrecer una propuesta integral de la fe para el conocimiento y formación del catequizando. Sólo si conoce de modo preciso e integral la fe podrá dar una respuesta responsable y libre a la Palabra de Dios.

Analicemos ordenadamente esta proposición.

1. Cuando el *Directorio General para la Catequesis* trata de definir la catequesis propia de la iniciación cristiana, lo hace en los siguientes términos: «La auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la revelación que Dios mismo ha hecho al hombre en Jesucristo; revelación conservada en la memoria profunda de la Iglesia y en las Sagradas Escrituras; y comunicada constantemente, mediante una *traditio* viva y activa de generación en generación» (n.º 66). Esta definición es asumida por la instrucción de los obispos españoles *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones* (pp. 42-43).
  - Se trata, pues, de una presentación ordenada y sistemática de la revelación de Dios en Jesucristo. El contenido y objeto de esta catequesis es, pues, la revelación; es decir, el acontecimiento de la

---

<sup>24</sup> San Paciano, *De Baptismo*, VI, Ed. L. Rubio Fernández, Barcelona, p. 170.

manifestación y de la donación de Dios al hombre, que es acontecimiento de gracia y de salvación.

- Esta revelación que se encuentra, dice el texto, en la Iglesia (en la Tradición y en la Escritura) debe ser comunicada a todos los hombres mediante una *traditio* viva y activa. En este sentido, debemos decir que la catequesis es acto de tradición viva al servicio de la revelación.
- Luego podemos concluir que la catequesis de iniciación cristiana tiene como misión iniciar orgánica y sistemáticamente a los catequizandos en los acontecimientos y realidades fundamentales de la revelación y de la salvación; es decir, enseñar y hacer presente la historia del amor de Dios al hombre; la plenitud de nuestra redención realizada en Jesucristo, el Hijo de Dios, por la acción del Espíritu Santo. Es el principio del realismo de la fe, por una parte, y el de la integralidad de la fe, por otra, que la catequesis ha de observar si quiere garantizar el contenido auténtico de la fe.

2. Estos acontecimientos y realidades vienen referidos en la Sagrada Escritura como «grandes maravillas» realizadas por Dios en favor de su Pueblo; y asimismo conservados en la memoria viva de la Tradición de la Iglesia, como evidencias de la acción amorosa de Dios a lo largo de la Historia:

- Se exponen en los símbolos de la fe, resumen de los dones que Dios hace al hombre, como Creador, como Redentor y como Santificador.
- Se celebran en los sacramentos de la Iglesia.
- Se encuentran en la herencia espiritual de los Padres.
- Se muestran de modo patente en los testimonios de vida de los santos.
- Se interiorizan y se expresan en el seguimiento de Cristo, viviendo la vida en Cristo.
- Se dan a conocer en los pronunciamientos y enseñanzas de la Iglesia asistida por el Espíritu Santo.
- Se hacen plegaria y oración de quienes viven la esperanza del Reino de Dios.

Es decir, son realidades y acontecimientos que constituyen un todo orgánico, compuesto por distintas dimensiones y expresiones de la misma y única realidad: la fe de la Iglesia. Una fe profesada en el Credo, celebrada en los signos sacramentales, vivida en el seguimiento de Cristo y hecha oración.

En consecuencia, la catequesis, en fidelidad a los acontecimientos de la Revelación y de la Salvación, deberá iniciar a la totalidad de estas expresiones, a la realidad entera de la fe, la cual pide por su propia dinámica interna ser conocida, celebrada, vivida y hecha oración, que son como los «pilares», la unidad de fundamentación, que sustentan la unidad orgánica de todos los elementos de la fe.

La Iglesia adoptó desde sus orígenes, en el ejercicio de su misión apostólica, como forma eclesial de la transmisión de la fe, el despliegue orgánico del conjunto de estas dimensiones de la fe. Así fue en la Iglesia Apostólica, así se plasmó de modo especial en el catecumenado de los Padres, y posteriormente en las sucesivas etapas de la historia de la predicación y de la educación de la fe en la Iglesia.<sup>25</sup> Hoy también la catequesis deberá estar preparada para presentar todas estas dimensiones de modo completo y sistemático para un conocimiento integral, pues en el conjunto unitario de ellas está la verdad de la fe, en su totalidad e integridad, en su unidad y organicidad.<sup>26</sup> Para esta tarea la Iglesia ha puesto hoy en nuestras manos un valioso instrumento: el *Catecismo de la Iglesia Católica*.<sup>27</sup>

Mantener íntegro el depósito de la fe, tal como Cristo lo «confió» a su Iglesia, es de todo punto necesario para la iniciación cristiana, pues permite al iniciando acoger la fe que da la verdadera vida, y al profesarla

<sup>25</sup> Cf. *Directorio General para la Catequesis*, 119.

<sup>26</sup> San Ambrosio, *In Lucam*, 6, 101 (CCL 14, pp. 210-211): «Veis cómo en el nombre de Cristo se resume todo. Él mismo es el Cristo, el que ha nacido de la Virgen, el mismo que ha hecho milagros ante el pueblo, el mismo que ha muerto por nuestros pecados y ha resucitado de entre los muertos. Si prescindes de uno de estos aspectos, has perdido tu salvación. También los herejes parece que tienen a Cristo, pues nadie niega en nombre de Cristo, pero en realidad están negando a Cristo quienes no confiesan todo lo que corresponde a Cristo»; véase también san Agustín, *Contra Faustum*, 17,3 (CSEL 25-1, 486, pp. 15-17).

<sup>27</sup> Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 11 y *Directorio General para la Catequesis*, 120 y ss.

«entrar en comunión con toda la Iglesia que nos transmite la fe y en el seno de la cual creemos».<sup>28</sup>

3. Siempre, cualquiera que sean los tiempos, será necesario afirmar que la catequesis debe hacer una propuesta integral de la fe para una iniciación cristiana integral.<sup>29</sup> Hoy, si cabe, es más necesario que en épocas anteriores mostrar la solidez y coherencia interna de la fe, la integridad y objetividad de la misma:
  - A causa del relativismo y subjetivismo; del debilitamiento y deterioro de la confesión de la fe en no pocos bautizados.
  - A causa del desinterés por la verdad que caracteriza a nuestra cultura, de la pérdida de sentido y orientación estable para la vida, del caos del pluralismo ideológico y ético.
  - A causa de un cristianismo «selectivo» y convertido, en casos, en producto de consumo a la medida de cada uno (Benedicto XVI en Colonia).
  - Ante la precariedad espiritual de no pocos creyentes dudosos de su fe, tal vez acomplejados y aun frustrados por no encontrar respuesta en la fe que dicen profesar a los problemas de la vida.
  - Ante la necesidad perentoria de razones objetivas y sólidas para creer.

La catequesis de iniciación cristiana, al servicio del «hacer cristianos», debe trabajar por proponer la fe en toda su realidad, objetividad y verdad, la fe que profesa la Iglesia; y desde el punto de vista pedagógico, impulsar un proceso gradual y dinámico que permita al iniciando ir descubriendo día a día los misterios de la fe, «adentrándose» en ellos sucesiva y significativamente, gracias al don del Espíritu Santo que irá perfeccionando en el creyente la fe.

Al iniciando le asiste el derecho a conocer de este modo la fe de la Iglesia; es decir, a descubrir la fe en toda su verdad y riqueza, para

---

<sup>28</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 197.

<sup>29</sup> Cf. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Catechesi Tradendae*, 21.

poder tomar una decisión personal sobre ella. Además, cabe afirmar conforme a datos de experiencia, que es, precisamente, el proyecto cristiano en su integridad (no falseado o dulcificado), el que atrae verdaderamente al niño, al joven y al adulto de hoy. Tal vez porque es así cuando logra advertir su solidez y coherencia interna; su valor de humanización verdadera, su belleza y su horizonte de verdad. Hoy, al igual que siempre, el hombre que logre descubrir el Evangelio en su Verdad, en su realidad sustancial, se sentirá atraído por él y no dudará en entregar la vida por Cristo.

## **ITINERARIO DE FE COMO EJERCICIO DE VIDA CRISTIANA**

El itinerario catequético de la iniciación cristiana (y estamos en el sexto de los elementos constitutivos del mismo) ha de ser entendido también como ejercicio gradual y completo de vida cristiana.

Ejercicio de vida cristiana que se alcanzará gracias:

- A la presencia de un ámbito de fe, de una comunidad eclesial viva.
- A la práctica de la vida cristiana por parte del iniciando.

1. En primer lugar, es necesario contar con un ámbito de fe que acoja, integre y «envuelva» al iniciando, y le permita, viviendo en su seno, descubrir, reconocer y comprender significativamente la realidad de la fe.

Es decir, se trata de que el iniciando pueda contar con la presencia de una comunidad que profesa, celebra y vive la fe cristiana; una comunidad, de la que forma parte, que no sólo «enseña», sino que «vive» y «muestra» los misterios de la fe. Se trata, en concreto, de que el iniciando reciba de su comunidad eclesial el testimonio de fe y de vida cristiana.

a) Ahora bien, al hablar de esta comunidad viva, no me estoy refiriendo, en primer lugar, a la ejemplaridad espiritual y ética de sus miembros, a la madurez en la fe y su testimonio de vida. No estoy apelando a la

necesidad de contar con una comunidad ejemplar y utópica de vida cristiana. Me refiero, ante todo, a la Iglesia de Cristo, Cuerpo de Cristo, Sacramento e instrumento universal de salvación,<sup>30</sup> continuidad visible y actual de la obra de la Redención.

Aunque, es verdad, las dos dimensiones (la Iglesia en sí como misterio salvífico y la ejemplaridad de vida de sus miembros) deben hacerse patentes al iniciando. Las dos configuran el rostro de la comunidad concreta de referencia para los iniciandos: la Iglesia, a la vez visible y espiritual, es «una realidad compleja en la que están unidos el elemento divino y el humano».<sup>31</sup> De modo que el ser y la vida de la Iglesia, por una parte, y la experiencia interna y situaciones concretas de esa comunidad eclesial muestran conjuntamente el misterio que es la Iglesia y que hacen significativo y cercano a los iniciandos. Ella es en definitiva el verdadero sujeto de la iniciación cristiana y por tanto de la catequesis a su servicio; ella «es en sí misma catequesis viviente y espacio vital indispensable y primario de la catequesis»;<sup>32</sup> ella es mediación para el encuentro y la comunión con Jesucristo.

- b) Pues bien, la catequesis debe esforzarse por ofrecer al iniciando la oportunidad de descubrir la realidad íntima de la Iglesia y de «sumergirse» en ella (la imagen de la inmersión, tan importante en la vida humana y en la educación, y también en la iniciación cristiana por el bautismo y en la fe). «Sumergirse» para poder captar y reconocer la realidad misteriosa que la constituye y alcanzar a descubrir la experiencia de vida que ella tiene (sus miembros tienen) de la presencia del Señor. Es decir, se trata de enseñar al iniciando a ver desde dentro, a

---

<sup>30</sup> Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*: «La Iglesia, que es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* 774-775); la Iglesia que ha sido constituida por Cristo como «instrumento de redención universal» (LG 9) y «sacramento universal de salvación» (LG 1 y 48); para manifestar por ella el misterio del amor de Dios al hombre (cf. Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes*, 45).

<sup>31</sup> Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, 8; cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 771.

<sup>32</sup> *Directorio General para la Catequesis*, 141.

reconocer y comprender las riquezas que la Iglesia posee: la Palabra, la comunión fraterna, los sacramentos, los ministerios y carismas, los testimonios de santidad. Que el iniciando logre «impregnarse» de ellas, reconozca por sí mismo, y no sólo de «oídas», los misterios de la fe y de la vida cristiana, viviéndolos, palpándolos. Esta función educadora de la Iglesia, acogiendo cual seno materno a los iniciandos, ha de ser compartida por la familia. No en vano es «Iglesia doméstica» que debe irradiar el Evangelio y ser la primera escuela de fe (cf. FC 39). Sin embargo, debido a las dificultades por las que atraviesa hoy la familia de tantos bautizados, la comunidad cristiana tiene que hacerse cargo responsablemente de esta función maternal de educar la fe.

- c) Ahora bien, los misterios de la fe que la Iglesia contiene en sí misma, porque sólo se alcanzarán a conocer desde la fe, requieren la agudeza de una mirada nueva, capaz de penetrar la realidad íntima de la Iglesia. Por eso es preciso que alguien ayude a «ver», que alguien guíe al iniciando en este proceso; que le acompañe y conduzca, que le enseñe a descubrir la verdad del misterio de la presencia de Dios en la Iglesia, más allá de lo puramente organizativo, institucional, sociológico o ritual. Alguien que le enseñe a ver la realidad que está tras los «signos y símbolos» diarios de la vida de la comunidad cristiana.

Este guía será, principalmente, el catequista, quien, por encima de argumentos convincentes de sabiduría humana o de estrategias, deberá ofrecer, a cuantos van a ser insertados en Cristo y en la Iglesia por la iniciación cristiana, el relato de la historia de su vinculación a la Iglesia de Jesucristo: en nombre del Señor se hará posible oír también hoy, como antaño fue para Andrés y Juan, el «venid y veréis» de los testigos de la fe (Jn 1,39).

2. En segundo lugar, se trata de que el iniciando practique la vida cristiana. No sólo que sea informado sobre la realidad de la fe y de la vida cristiana, que la vea y constate; que la conozca de primera mano y aun la «palpe», porque la comunidad la hace cercana y patente. Se trata también de practicarla, de ejercitarse en esa vida cristiana.

En concreto, se trata de que el iniciando, gracias al impulso de la catequesis:

- Aprenda a escuchar la Palabra de Dios; a acogerla, a interiorizarla y vivir de ella, como su guía y meta.
- Aprenda a ponerla en práctica por las obras de caridad, de esperanza, de fe. Aprenda a vivir las costumbres evangélicas.
- Se ejercite en la oración, expresión de quien ha entrado en una vida de relación con Dios.
- Aprenda el combate diario contra el mal, contra el pecado, y la práctica de la conversión.
- Aprenda a participar en la liturgia de la Iglesia, especialmente en la celebración de los sacramentos, del año litúrgico y del día del Señor.

En definitiva, ejercitarse en la práctica de la fe y de la vida cristiana. La semilla de la fe sembrada por el Espíritu Santo en el bautismo, semilla que contiene germinalmente el fruto que de ella ha de brotar, está llamada a desplegarse y desarrollarse en obras de vida cristiana.

Practicar la vida cristiana: por eso el itinerario catequético de la iniciación cristiana debe ser algo más que instrucción, algo más que adquisición de principios e ideales para vivir, más que un «adiestramiento» en valores y normas. Este itinerario de iniciación es, ante todo, ejercicio de vida cristiana, escuela donde se aprende a vivir como cristiano; es, como dice el Concilio Vaticano II, «formación y noviciado debidamente prolongado de toda la vida cristiana, en que los discípulos se unen a su maestro».<sup>33</sup>

En efecto, el catequizando, que ha conocido a Jesucristo y se ha convertido a Él, debe ser iniciado en su seguimiento. Y en cuanto discípulo de Cristo ha de transparentarse esta condición discipular en el vivir diario, en obras de vida evangélica, en hábitos y costumbres propios

---

<sup>33</sup> Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia *Ad Gentes*, 14; cf. *Directorio General para la Catequesis*, 63 y 91.

de la vida en Cristo, en la alegría y gozo profundo de quien ha encontrado a Jesucristo en su corazón: «Os he dicho todo esto para que mi alegría esté con vosotros y vuestra alegría sea completa» (Jn 15,11).

## **ITINERARIO DE FE COMO CAMINO A RECORRER EN DISTINTAS ETAPAS**

La catequesis al servicio de la iniciación cristiana se presenta como un camino de fe desarrollado con gradualidad y progresión, como anteriormente hemos afirmado, cuidando oportunamente el avance efectivo de cada iniciando. Todo ello en conformidad con el itinerario de salvación querido por Dios, como muestra la Escritura. Así lo hizo la Iglesia desde el principio: «Ya desde los tiempos apostólicos se sigue un camino y una iniciación que consta de varias etapas. Este camino puede ser recorrido rápida o lentamente».<sup>34</sup>

El *Ritual para la iniciación cristiana de los adultos* presenta, en este sentido, un modelo típico de itinerario gradual y progresivo, que reproduce, como es sabido, en sus líneas generales, el itinerario catequético propio del catecumenado de los Padres.

Por el valor inspirador y hasta normativo de este modelo de itinerario, parece conveniente articular la catequesis de iniciación, teniendo en cuenta sus correspondientes tiempos y etapas. Tanto el *Directorio General para la Catequesis* (88-91) como la instrucción de los obispos españoles, *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones* (24-30) así lo señalan, reconociéndolo como modelo típico de itinerario catequético para la iniciación cristiana.

Haríamos bien en asumir su espíritu, orientación y sentido para el desarrollo de nuestros proyectos y realizaciones concretas. Por tratarse de un

---

<sup>34</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1229.

aspecto ampliamente conocido, permitidme que ahora no lo desarrolle. Será suficiente acudir a las orientaciones tan precisas que ofrece el *Ritual para la iniciación cristiana de adultos*, el *Directorio General para la Catequesis* y la instrucción de los obispos españoles *La iniciación cristiana*.

## CONCLUSIÓN

Éstos son, a mi juicio, los elementos y componentes principales que configuran la catequesis al servicio de la iniciación cristiana. Ellos, en esencia, conforman su estructura. A esta tarea de catequesis que acabo de describir nos convoca hoy la Iglesia, para hablar de Dios a los hombres, para ayudarles a entrar en comunión con Él. Los que, como dirá san Pedro, hemos «gustado que el Señor es bueno y nos hemos acercado a Él, que es piedra viva, elegida y preciosa ante Dios», hoy somos convocados para participar «cual piedras vivas en la construcción del edificio espiritual» (1 P 2, 4-5), el edificio espiritual de nuestros hermanos los iniciandos que, en estos momentos, se está construyendo en nuestras comunidades cristianas, y asimismo hemos sido elegidos, como reitera san Pedro, para «anunciar las alabanzas de aquel que nos ha llamado de las tinieblas a su luz admirable» (1 P 2, 9).